



S. HERNÁNDEZ, LITOG.

UT. R. IRIARTE, MEXICO

EL ILLMO Y EXCMO VENERABLE SR DN. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA OBISPO DE LA PUE-  
bla de los Angeles. dl Consejo de SM. Vi-rey Gobernador y Cap<sup>o</sup> Gral de esta Nueva España. Vifilador de  
sus Tribunales Legislador de la Real Univerfidad. Electo Arzobifpo de esta S<sup>ta</sup> Metropolitana Yelefia  
de Mezcio. el año de 1642 y Gobernador de este Arzobifpado. Obifpo de Oflina donde murió cō opi-  
nion de Santidad el a<sup>o</sup> de 1659 a los 59 de su edad. de cuya Beatificacion fe trata e la Curia Ro-  
mana.

(Tomado de la Galeria que existe en la Catedral de México.)

## XI

### EL ILLMO. Y EXMO. SR. D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA.

1642—1643

**V**OLÚMENES enteros, no reducido número de páginas, como hasta aquí hemos escrito para referir los hechos principales de los preladós de la Iglesia mexicana, serian necesarios ahora, si pretendiésemos ocuparnos con toda extension de la vida del Exmo., Illmo. y Venerable Sr. D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA. Mas no intentamos proceder de esa manera, y para justificar nuestra conducta expresaremos las razones en que ella se funda.

Uno de los móviles que tuvimos al emprender la publicacion de esta galería biográfica, fué llenar, hasta donde nos fuese dado, un vacío que se notaba en nuestra historia patria, dando á conocer los eminentes servicios de los varones esclarecidos que han gobernado la archi-diócesis de México, en primer lugar, y despues los de aquellos que han desempeñado igual puesto en las diversas diócesis de la República. De algunos, existen biografías completas; pero ó se han hecho sumamente raros los ejemplares y solo se encuentran en las bibliotecas de investigadores curiosos, ó fueron escritas con estilo tan cansado y de tan prolija manera, que muy pocas personas se atreverán hoy á leerlas. De otros, y son los mas, apenas se encuentran las brevisimas relaciones puestas al pié de sus retratos; inscripciones llenas casi siempre de errores en las fechas; y que, sin embargo de eso, se han ido reproduciendo por los que intentaban dar á conocer á los arzobispos y obispos de México por medio de apuntamientos biográficos.

Reconstruir, por decirlo así, esos imperfectos trabajos, reduciendo á apropiadas dimensiones los estudios extensos, y llenando en los muy breves los vacíos que en ellos se notaban, tal fué el plan que nos propusimos seguir y del cual creemos no habernos apartado.

Al llegar al Sr. PALAFOX Y MENDOZA, nos encontramos en circunstancias verdaderamente excepcionales. Figura en la serie que tenemos que historiar, aunque renunció el archiepiscopado; los hechos mas culminantes de su vida no tuvieron lugar en México, sino en Puebla y otros lugares; esos hechos no están ligados á la historia de la Metropolitana que es la que abraza esta parte de nuestra obra; son de fácil adquisicion muchos libros en que se hallan detallados los sucesos que hicieron grandemente célebre al Sr. PALAFOX Y MENDOZA; se necesitaria, como indicado queda, traspasar los límites que nos hemos impuesto, para dar aquí una biografía completa; seria preciso acrisolar la verdad de tantos hechos

controvertidos, por medio de un detenido análisis filosófico; y por último, colocaríamos fuera de lugar estas páginas que corresponden legítimamente á la historia de la diócesis de Puebla.

Procuraremos colocarnos en un justo medio, ofreciendo al lector los principales rasgos biográficos del Sr. PALAFOX Y MENDOZA, los que son necesarios para acompañar á su retrato; y reservaremos para otro lugar lo que en este no debe decirse.

Amores clandestinos que mas tarde quiso sancionar el nobilísimo marqués de Ariza D. Jaime de Palafox y Mendoza, por medio de la bendición nupcial, lo que no le fué dado conseguir, por haber la noble dama encerrádose en un convento y profesado para ocultar al mundo su flaqueza, dieron origen al célebre personaje objeto de estas páginas. Fitero, lugar del reino de Navarra, fué el de su nacimiento, el 24 de Junio de 1600.

Recojido el niño por Pedro Navarro, criado de los marqueses de Ariza, en los momentos en que iba á ser abandonado sobre las ondas de un río por la criada confidente de aquellos amores, fué puesto bajo el cuidado de una buena mujer llamada María Navarro, la que llegó á amarle como si hijo suyo fuese. Mas tarde, con gruesas cantidades que la oculta dama suministró una vez que supo el paradero de su hijo, pudo éste ser alimentado y vestido cual correspondia á su noble alcurnia.

A la sazón, el marqués de Ariza se encontraba en la corte de Roma, de donde no volvió sino despues de algunos años. Al llegar á su patria, supo la profesion religiosa de que hicimos mencion al principio, y se afaná por hallar á su hijo. Conseguido su objeto, Juan Navarro que era el niño, tomó el nombre de D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA, hijo natural del marqués de Ariza, por declaracion de este.

Diez años contaba el niño cuando, reconocido públicamente por el marqués, entró á la casa paterna. No pasó mucho tiempo sin que en su precoz desarrollo manifestase afición decidida á la carrera de las armas. Adiestrose bien pronto en el manejo de ellas, y pretendió marchar á las guerras de Flandes en union de un pariente suyo á quien el rey habia dado el gobierno de una de las plazas mas importantes. Empero el marqués de Ariza habia ya resuelto enviar á su hijo á las célebres Universidades de Alcalá y Salamanca, y á ellas tuvo que dirigirse D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA, acatando la voluntad paterna.

Muy en breve el jóven universitario ocupó uno de los primeros lugares entre sus discípulos, revelando desde entónces el clarísimo ingenio de que mas tarde dió tan relevantes pruebas en sus numerosos escritos.

No se crea que obedeciendo á un plan preconcebido de señalar únicamente las glorias de los prelados mexicanos, habremos de presentar al que es objeto de esta biografía como un varon esclarecido por su santidad desde sus primeros años. Léjos de eso, y fuertes con el apoyo de una autoridad nada sospechosa, diremos lo que decirse deba á fin de que sea perfectamente conocido.

Aunque de diverso género, mil peligros cercan al hombre en cualquiera edad de la vida y muy particularmente en la juventud. D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA, por la clase á que pertenecía, por la educacion que recibió, y por el trato con sus compañeros de colegio, se vió en sus mas floridos años en la plenitud de los goces del mundo, que no por serlo dejan de proporcionar grandes amarguras. La nobleza de su cuna, los recursos pecuniarios de que podia disponer, su arrogante figura, el trato propio del que posee una inteligencia clara y cultivada, su destreza en el manejo de las armas y el valor personal de que estaba dotado, hacian de D. JUAN el verdadero tipo del caballero galante, y no hay por qué extrañar que viviendo en un medio á propósito y con elementos adecuados para desenvolverse en él, hubiese pagado el comun tributo, rindiendo culto á la beldad y afrontando los riesgos que ofrece la senda que él atravesaba.<sup>1</sup> Mas no por eso puede decirse que hubiese traspasado los límites que á un jóven de su clase y educacion imponen las conveniencias

<sup>1</sup> Gonzalez de Rosende *Vida del Ilmo. y Exmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza*, lib. 1º cap. I y II.

sociales. Evitó siempre el escándalo, y jamás abusó de su posicion, ni mucho menos de la destreza de su brazo.

En 1626 el rey Felipe IV pasó á Aragon á celebrar las renombradas Cortes de los naturales de esa corona, y este suceso dió lugar á que el jóven PALAFOX Y MENDOZA, que á la sazón contaba veintiseis años, fuese honrado con una de las mayores distinciones que en aquella época podian alcanzarse, cual fué la de representar á la nobleza en dichas Cortes. Político sagaz, llamó desde luego la atencion en la asamblea, haciendo que se fijase en él el Conde-Duque, ministro supremo de Felipe IV, y le invitase á pasar á Madrid una vez terminadas las Cortes de Aragon, para emplear con ventaja su capacidad.

Vaciló D. JUAN, principalmente porque á su cargo tenia la tutela de su hermano menor. Allanose la dificultad con el nombramiento que el rey Felipe hizo de aquel niño para menino de la reina.<sup>1</sup>

Nuevo y mas amplio teatro ofreció al jóven PALAFOX Y MENDOZA la corte española. Apenas hubo llegado á ella, diósele un puesto en la Fiscalía del Consejo de Guerra, por no haber otro de mayor categoría vacante en aquel momento.

A poco tiempo vacó la Fiscalía del Consejo de Indias, y D. JUAN, que aun vestia traje de estudiante, presentó un memorial solicitando la plaza, aunque temeroso de no alcanzarla. Grande fué su sorpresa al ver que, sin encontrar traba de ningun género, sino antes bien la mejor voluntad de hacerle gracia, respondióle Felipe IV, al punto, que le concedia la merced que solicitaba.

“En estos ministerios, dice uno de sus biógrafos, llenó tan cabalmente el concepto que se tenia de su persona, que todos observaban sus dictámenes como oráculos, y sus votos como reglas, pendiendo de su elocuencia y energía lo mas venerable y anciano de aquellos Senados supremos; pues parece que igualmente habia cursado la milicia y discurrido el nuevo mundo, segun era la prontitud con que se desembarazaba de las mas enmarañadas materias. Conque reconocida la importancia de promoverle á mayores empleos, en poco tiempo pasó al ejercicio de Consejero de las Indias.”<sup>2</sup>

Mas adelante refiere el biógrafo que acabamos de citar, que era tan conocido el estilo de D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA por su facilidad y elegancia, que el monarca decia muchas veces al leer las consultas que se le presentaban: *Estas consultas son de D. Juan de Palafox.*

La agudeza de su ingenio, puede comprobarse con solo el siguiente pasaje.

Recien llegado á la corte, estando un dia en el Palacio Real en conversacion con el marqués de Torres, caballero aragonés y mayordomo del rey, quiso el de Torres que D. JUAN le expusiese el juicio que se habia formado del palacio y de la corte. La respuesta no se hizo esperar. Improvisó el jóven PALAFOX los siguientes versos, que revelan el talento observativo del autor, y que tan profunda verdad encierran:

*Marqués mio, no te asombre  
Ria y llore, cuando veo  
Tantos hombres sin empleo,  
Tantos empleos sin hombre.*

D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA, jóven como era, con una posicion distinguida en la corte, fácil es comprender que se entregó á los goces que ella brindaba. No tardó en hastiarse de ellos, y en convertirse á una nueva vida diametralmente opuesta á la que hasta entónces habia seguido. El caballero galante tornóse en rigoroso asceta, recojióse en sí mismo, y acabó por decidirse á seguir la carrera de la Iglesia,<sup>3</sup> cuando aun no cumplia treinta años.

<sup>1</sup> D. Jaime de Palafox y Mendoza, despues de haber legitimado á su hijo D. JUAN, casóse. El único varon vástago de aquel enlace, era niño todavia, cuando el marqués su padre murió, y quedó entónces bajo la tutela de su hermano.

<sup>2</sup> Gonzalez de Rosende, op. cit., lib. 1º, cap. IV, pág. 25.

<sup>3</sup> Llegó al extremo de dormir debajo de una escalera secreta de su cuarto en un hueco estrechísimo, sobre una tabla desnuda, y sujetó su cuerpo á innumerables mortificac ones que no creemos necesario referir.

Mucho espacio necesitaríamos para dar á conocer en todos sus pormenores la vida del nuevo sacerdote, y así habremos de limitarnos á decir que para alcanzar aquella dignidad, cumplió con cuantos requisitos eran indispensables y aún hizo más, puesto que se sujetó á las mortificaciones y ásperas costumbres de los regulares.

Una vez ordenado, Felipe IV le nombró en 1629 capellan y limosnero mayor de la emperatriz Maria de Austria, para que la acompañase con aquella doble investidura en la jornada á Alemania á tomar posesion de su imperio; mereciendo la aprobación de la corte ese nombramiento, pues para nadie eran desconocidas la ciencia y la virtud del agraciado. Este, por su parte, no desmintió con sus hechos las esperanzas que hiciera concebir, puesto que empleó cerca de tres años, que duró la peregrinación, en estudiar las regiones que iba recorriendo: Italia, los Archiducados, Moravia, Bohemia y Suebia, los Palatinados, Flandes, Francia y cuantos lugares pisó, fueron reconocidos por él de orden del rey, viendo cuanto convenia á aquellos pueblos, oyendo á sus funcionarios, y en una palabra haciendo los oficios de un visitador especial en tan extenso territorio. Desgraciadamente, aunque el Sr. PALAFOX escribió una prolija memoria acerca de las ciudades, pueblos, gobierno y habitantes que visitara, no llegó á ver la luz un trabajo de tan grande importancia. Manuscrito se lo entregó al Conde-Duque, para que este lo pusiese en manos del rey Felipe.

A poco de haber vuelto de Alemania fué presentado para obispo de la ciudad de Puebla de los Angeles. Opuso grande resistencia á la aceptación de aquel encargo, porque no se consideraba acreedor á tan elevada dignidad, ni con las fuerzas que ella demandaba; mas hubo de conformarse con la voluntad del soberano sancionada por el Papa, que le envió sus bulas.

La consagración del Sr. PALAFOX Y MENDOZA fué un suceso que llamó grandemente la atención en la corte española. Treinta y nueve años nada mas contaba, y ya era designado para una de las primeras gerarquías de la Iglesia; á esta circunstancia, notabilísima en aquellos tiempos, se agregaba la de la posición que tenia en la corte el jóven obispo; así es que el acto fué de los mas solemnes que se habían visto hasta entónces.

Tuvo lugar la ceremonia en la iglesia de San Bernardo de Madrid, el día 27 de Diciembre de 1639, oficiando como consagrante el Eminentísimo cardenal D. Agustin de Espinola, arzobispo de Toledo, asistiéndole los Illmos. obispos, de Yucatan D. Alonso de Ocon, y de Venezuela D. Mauro de Tovar, y concurriendo lo mas granado de la corte.

Luego que se hubo consagrado fué á despedirse del rey Felipe IV, y con este motivo tuvo ocasion de dar á conocer la rectitud de sus miras, revelando lo que como pastor habia de hacer. Sucedió que en la antecámara real uno de los grandes de España se permitió darle algunos consejos sobre las obligaciones que acababa de contraer, y tambien acerca de la protección que debia dispensar á los parientes pobres que iba á dejar. El Sr. PALAFOX acojió los primeros con la humildad debida, y aun celebró que hubiese en una corte persona capaz de omitir vanas lisonjas y de dar prudentes consejos; mas en cuanto á lo segundo, objetó con la mayor cordura, y entre otras cosas dijo: *La dignidad episcopal no tiene parientes sino acreedores, y estos son los pobres, cuyas son las rentas, no de los parientes de quienes solamente tengo la sangre; y Dios no ha de pedirme cuenta de lo que dejé de hacer para que mi sangre viviese con sobras, sino de lo que quité á los pobres para que en mis parientes sobresaliesen los excesos; y así con licencia de U. S. no le tengo de obedecer, pues no me manda lo que debo cumplir.*<sup>1</sup>

Embarcóse en Cádiz el Viernes Santo de 1640, y llegó á las playas mexicanas el 24 de Junio del mismo año. El día 28 de aquel mes tomó posesion de su iglesia, en su nombre, el Dr. D. Alonso Salazar Varaona, chantre de la misma, y el 22 de Julio siguiente hizo su entrada el Sr. PALAFOX Y MENDOZA.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Gonzalez Rosende, op. cit., lib. 1º, cap. VIII, pág. 54.

<sup>2</sup> Antes de entrar á su obispado vino á México. Aquí permaneció cerca de un mes, porque trajo el nombramiento de visitador de la real Audiencia. No estará de más citar aquí á un escritor francés, biógrafo del Sr. PALAFOX, para que se vea el juicio que de varon tan esclarecido han formado no solo sus compatriotas sino tambien los extranjeros. He aquí

Cumpliendo con el tenor de una real cédula despachada en Madrid el 19 de Enero del repetido año de 1640, apenas hubo llegado á Puebla el Sr. PALAFOX, puso vivísimo empeño en la conclusion de la hermosa catedral de aquella ciudad. Un siglo hacia que fuera comenzada; en 1618 se habia interrumpido la fábrica por falta de recursos, y despues vuelto á emprender y dejado otra vez sin concluir, de manera que al resolver el nuevo obispo la continuacion de los trabajos, se creyó que veinticinco años, cuando menos, se necesitaban para llegar al término anhelado. Empero, la actividad y la constancia del Sr. PALAFOX, vencieron todas las dificultades, y nueve años despues de su llegada pudo celebrar solemnemente la dedicación de aquel suntuoso templo, que es entre los de la República uno de los mas grandiosos monumentos legados por la dominación española. Afanes indecibles causó al Sr. PALAFOX llevar á su fin esta obra. Empleó en ella considerable número de operarios, y llegó al grado de hacer que aun en las horas de la noche trabajasen, alumbrados con hachas, para que por ningun motivo se prolongase la fábrica. Mas tarde viendo que por falta de ladrillos iba á diferirse la consagración de una de las capillas, hizo arrancar los que formaban el pavimento de su casa y los mandó colocar en la indicada capilla.

Al hacerse cargo de su obispado dió de su peculio quince mil pesos para la fábrica de la Catedral, y se recojieron cuatrocientos mil, sin que de las arcas reales llegaran á sacarse diez mil en los nueve años que duró la repetida fábrica.

Una de las páginas mas gloriosas de la vida del Sr. PALAFOX es sin duda la que se refiere á los inolvidables servicios que prestó, erigiendo el colegio de San Pedro y San Pablo de Puebla. Dotólo con doce mil pesos anuales de renta; obtuvo que Felipe IV le concediese el título de Real, y logró que Inocencio X confirmara ese título. Fundó en ese plantel cátedras de retórica, dos de filosofía y cuatro de teología; regalóle una biblioteca de mas de seis mil volúmenes, notable en aquellos tiempos, y fundó una cátedra de lengua mexicana para los indios totonacos, chochas, otomíes y mexicanos. Tambien se debe al Sr. PALAFOX la fundación del convento de religiosas dominicas de Santa Inés, á quienes dió reglas y constituciones, como á las demas comunidades que de él dependian.

Incansable en promover todo aquello que en aumento del culto redundase, amplió y enriqueció el convento antiguo de S. Juan y reparó en su obispado mas de cincuenta iglesias.

Era la caridad una de las virtudes mas sobresalientes en el Sr. PALAFOX, y por ejercerla se vió siempre lleno de deudas, pues no bastaban sus rentas para satisfacer todas las necesidades que él queria remediar. Erigió un colegio de niñas huérfanas, dotándolas para que pudiesen tomar estado; formó las ordenanzas del hospital de San Pedro; engrandeció su iglesia; estableció en ella una congregación; amplió los claustros; dió extensión á las enfermerías y arregló sus rentas. Dispensó á este hospital tan decidida protección, le consagró tan paternal solicitud, que derramaba en él á manos llenas los tesoros de su ardiente caridad al visitarlo.

Cuatrocientas leguas anduvo á caballo para visitar su diócesis, llegando hasta los mas remotos pueblos de ella, estableciendo el mayor orden en la administración de las iglesias, y fomentando con ardiente celo el culto.

Detallar todos y cada uno de los actos del Sr. PALAFOX Y MENDOZA durante la administración pastoral de la Iglesia de Puebla, seria tarea por demas dilatada, y que en verdad no corresponde llevar á cabo en este lugar, puesto que, como ya dijimos, en la galería de los prelados de aquella Sede es en donde debe tratarse la materia con mas extensión que aquí. Basta lo dicho para que el lector tenga una idea aproximada del mérito del Sr. PA-

sus palabras: "Don Jean de Palafox avoit reçu du ciel les qualités nécessaires pour remplir ces emplois avec honneur. L'esprit vast, aisé, penetrant, rempli de lumiers; l'imagination féconde, le cœur généreux, désintéressé, beaucoup d'érudition; une vertu solide; l'habilité dans les affaires; une franchise, une afabilité, une bonté qui lui concilioit l'estime de tout le monde; une prudence droite, sincère et fondée sur la simplicité evangelique, telles étoient les qualités qui brilloient en lui." *Vie du Venerable Jean de Palafox*, pág. 24.—Este autor, anónimo, publicó su obra en 1767 en Colonia; para su formación consultó innumerables libros y opúsculos relativos á su personaje, y es por lo mismo apreciable el volumen que escribió.